



José Martí "a paso de ansia"



Mucho le gusta de recibir de regalo, en el comienzo del tercer milenio un sobrio volumen titulado *Diarios de José Martí*¹, en el libro del prolífico periodista Guillermo Cabrer. Infante, "su obra muestra absoluta". No más lecturas y descubrimientos que son los diarios escritos entre el 14 de febrero y el 17 de mayo de 1895. O sea, en esos días el exiliado va recorriendo a su tierra y mientras escribe su diario de moerte «lo ignora», va dejando constancia de una poderosa afirmación de vida.

En enero de 1895, en Nueva York, cuando iba a cumplir cuarenta y dos años de edad, José Martí se aprestaba en los últimos preparativos para el alzamiento de las fuerzas revolucionarias en Cuba para lograr la independencia y dejar de ser colonia de España. De ahí partió en barco a Montecristi, donde lo recibió Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador.

Día tras día, con lenguaje preciso y de singular belleza, dejó constancia de la campaña, pero ignora que por sobre todo deja constancia de su hombre de bien, de su patriotismo ejemplar y de la alta cumbre de su escritura.

Resulta muy decidora su dedicación a Carmen y María Manilla, por cuanto Martí, paralelamente a la escritura de sus Diarios, escribió las más conmovedoras cartas a María Manilla, hija de Carmen Miyares, nacida el 28 de noviembre de 1880, poco antes de que muriera Manuel Manilla, esposo de Carmen. Este matrimonio era dueño de la pensión, donde vivía José Martí en Nueva York, desde donde salió para emprender su viaje patriótico.

Martí en su travesía, así como saborea el café con miel, condimentado con azúcar o nuez moscada o los rústicos manjares que su pueblo le brinda en cada "almuerzo cariñoso", disfruta la reciedumbre del idioma y va recogiendo frases y apuntes: la queja: "Por qué si mi mujer tiene un machacho dicen que mi mujer parió y si la mujer de Jiménez tiene el sayo dicen que ha dado a luz?", según pregunta un campesino. O bien presta con ojo curioso y capta con oído atento el pipero salado: "A la moza que pasa, desgranada la cintura, poco al seno el talle, arado en rudo flojo el pecho amarillo, y con la flor de campo al pelo negro: ¿Qué buena está esa pailla de freír pan mis chicharones?"

Martí tiene oído fino y nada se le escapa de la vista: "Oigo un mudo, en la calle llena de sol del domingo, un rudo de día, y me parece saber lo que es, ¡es! Es el finfán al midonado de una negra que pasa tirrafante, quemando con los ojos, con su zeta limpia de calicó mojado oscuro, y la mano

por los hombros. La haitiana tiene piernas de cervo, la talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa".

Sabe apreciar la música del mar, del viento, de la selva en plena campaña, luego de abrir claro a machete y tender las hamacas de bronco a macho: "Silba el grillo, el lagartijo quiquiquera y su coro le responde (...) oigo la música de la selva compuesta y suave como de flautines violines; la música ondulante, se ensalza y desata, abre el día y se posa, titila y se eleva, alzanse sonidos y música (...) ¿Qué danzas de almas de hojas? Se nos elevó la conciencia, comimos salchichón y chucula y una langa de chiqui asado. La ropa se secó a la langa".

No complace en curar cada planta, cada árbol con sus propiedades. Deja constancia de los alimentos, y de los remedios naturales aceptados por la sabiduría campesina, indispensables para curar a los heridos combatientes.

El 9 de abril, Martí sólo escribe una línea que plantea una interrogante imposible de resolver y sugiere un dulce secreto:

"¿Un, jologro, florando en el balcón. Nos emburcamos".

Jologro: ¿Paquete? ¿Envoltorio? ¿Peso? ¿Pesar? ¿Descomponer? ¿De ello? ¿De ambos? ¿Cubanos no registrados por los funcionarios de la lengua y que depende de la oración, del modo y la manera, según me explica una funcionaria de la embajada de Cuba.

En esa travesía, Martí se topa con muchachas respetables como esa: "Nené con veinte hijos o la molata Mercedes, "de vejez limpia". Todas ellas lo hospedan, lo alimentan a él y a los paritos, recién pilado y colado el café, granado el arroz blanco con su acompañamiento de huevos fritos o pollo y viandas. Todos, hombres y mujeres de trabajo, se aprestan para la guerra y preparan sus armas y Martí va descubriendo su América y saboreando sus frutos.

Se deleita con el decir de los paisanos: "La frase aquí es añeja, pinerosca, concisa, sentenciosa; y como filosofía natural".

Va describiendo caracteres, ambientes, paisajes, costumbres, la poca línea retrata a un varón:

"Fue hombre y general de frep: dejó en una batalla combida a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y ce un tiro de carabina, a la poeta

de la propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel" y a si no te mato, porque eres mujer".

Lee libros en francés que cuentan condecoraciones. Nunca deja de anotar sus observaciones. Lleva en el bolsillo la *Vida de Cleopatra*, junto con cincuenta cápsulas (medicinas).

El 25 de abril, su clococero relación narra la jornada de guerra y se pregunta: ¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que vi en el camino? ¿Ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descomodo un jinete nuestro?"

Ya lo había asustado en una ocasión: el marcha "a paso de ansia" rumbo a su destino: "A paso de ansia, clavándonos de espaldas, cruzámbos a la medianoche oscura, la marisma y la arena".

El 4 de mayo, le corresponde asistir al consejo de guerra de Masabó, ladrón y violador, condenado a muerte y con el testimonio a uno de los sucesos más trágicos de una guerra:

"Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó, sin que se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo; los pantalones anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un vicario rápido. Al fin van, la caballería, el río, la fuerza entera, a un bajo crecero: al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apitada. Sucenan los tiros, y otro más, y otro de serrote. Masabó ha muerto, pero no se muere. ¿Cómo me pongo, en rodé? ¿De frente o de espalda? "De frente". En la polca era bravo".

Después, el ocho, otro consejo de guerra para juzgar a tres por aserlar al vecindario. Son sentenciados a muerte, pero luego dos son perdonados, a instancias del propio Martí. Es horrible el cumplimiento de la sentencia, el ver a un hombre aterrado:

"El gris, se resiente en la cuenta, no quiere andar. Tujan marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el reo implora Chacón y entre ríes, empujándolo. Dentis, solo, sin sus polizas, suso azul y sombrero pequeño, Gómez. Oros atrás, pocos, y Moncada, que no ve al reo, ya en el lugar de moerte, llamado desolado, sacudido el reloj, que Chacón le arrebató, y tira en a yerba... munda Gómez, con el reo denunciado, y empuja el revólver a pocos pasos del reo".

La escena prosigue en todo su espanto. Su compromiso con la revolución lo obliga a asumir responsabilidades que no pretendía, a presentir conflictos ocultos y a escribir una profunda página política:

"Preveo que, por cierto tiempo al menos, se diversará a la fuerza a la revolución de este capítulo, se le privará del cacante y grato, y poder de vender de este consorcio natural, se le robará un detalle: presidente me han llamado, desde mi entrada al campamento, desde mi pública repulsa, y a cada campo que llugo, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general caído, y maestras del goce de la gente en mi presencia y sacallés. Y al acercarse hoy uno: presidente, y sonreír yo: no me digan a Martí presidente: el viene aquí como general: no me le digan presidente".

"¿Y quien contiene el impulso de la gente, general?", le dice Mielé: "oso les nace del corazón a todos". Bueno: pero el no es presidente todavía: es el delegado".

Máximo Gómez, el general en jefe del

Ejército Libertador, según otra página de este Diario, ha expresado a uno de sus hombres: "Pues lo tienen a usted bueno con lo de presidente. Martí no será presidente mientras yo esté vivo", y conseguida, "porque yo no sé qué les pasa a los presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington".

El 16 de mayo, Martí está angustiado, se debate en un conflicto ético que lo obliga a prepararse para inminente dimisión y lo testimonia: "Escribo poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llego la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás prevengo (...)".

El 17 de mayo, el maestro inmortel habrá de escribir su última página. Habla de los heroicos combatientes, algunos de los cuales se han incorporado a las filas con sus hijos. El heroísmo no es privativo de los hombres: "Otro hijo hay aquí, Joaquín Morales, con dieciocho años, de padre muerto en las guerras. Y otros que vienen, me cuentan de Rosa Moreno, la campesina viuda que le mandó a Rabí su hijo único Melanio, de dieciséis años: "Allí murió tu padre: ya yo no puedo ir: tú ve".

Se comensió algunos, punto segundo, Martí creía sí viviendo su aquí y ahora: "Así un plátano, y rojan susojos (champi) de vaca, con una pajarera en el plátano, para los recién venidos. Está muy torbe: el agua crucada de Caritanaeste, y me trae Valentín un jarro hervido de dulce, con hojas de bigo".

Dos días después, el 19 de mayo de 1895, Martí, conmoviendo las órdenes de sus superiores militares, en Dos Ríos "a paso de ansia" se incorpora al combate junto con su asistente Ángel de la Guazúa, siendo sorprendido por un comando español que lo hiere de tres tiros. Un práctico cubano lo reconoce, lo remata y su cadáver es conducido al poblado de Remanganagua.

Martí lleva sobre corazón el acerto de la quinceañera María Manilla, a quien se dirigía llamándola "Mi niña querida", "Maricosa mía", "Mi María", "Mi hija", en la última y extrema carta dirigida no hace tanto, desde Cuba Haitiano, el 5 de abril de 1895, le solicita:

"Y si no me vuelves a ver (...) por un libro -el libro que te pido- sobre la sepultura. O sobre tu pedro, porque allí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. -Trabaja. Un beso. Y espérame. Tu Martí".²

Pudieron haberlo no sabido los hombres, pues fue enterrado en una fosa común sin lápida. Luego, por orden de la comandancia española, su cadáver fue exhumado y exhibido públicamente por horas en el parque del pueblo antes de ser trasladado de noche al cementerio, en Santiago de Cuba.

Un coronel español le pidió el duelo ante una multitud silenciosa de cubanos.

Según el gobierno español en Cuba que soó la cuenta, los gastos del funeral de José Martí ascendieron a siete pesos. ●

VIRGINIA VIDAL

1. Galaxia Gutenberg Círculo de Lectores, Barcelona 1997.
2. Carta a María Manilla, *Cartas de José Martí*, La Habana, 1962.

José Martí "a paso de ansia" [artículo] Virginia Vidal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vidal, Virginia

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José Martí "a paso de ansia" [artículo] Virginia Vidal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile